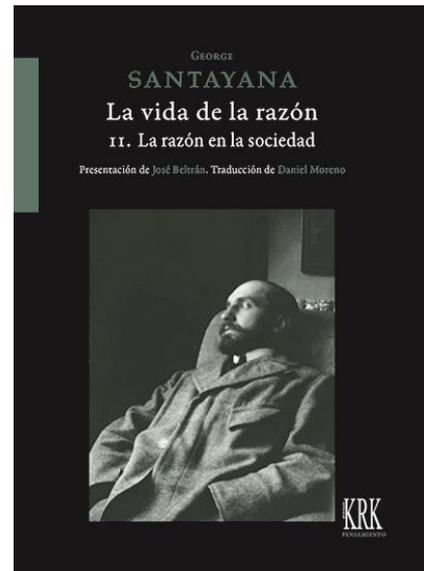


**George Santayana, *La razón en la sociedad: La vida de la razón o Fases del progreso humano*, vol. II (José Beltrán Llavador, pres.; Daniel Moreno Moreno, trad.);**

Oviedo, KRK, 2024, 382 pp. Colección Pensamiento

**Daniel Moreno Moreno**

La editorial KRK comenzó su relación con Santayana a instancias del profesor Manuel Garrido. Él se encarga de introducir *Interpretaciones de poesía y religión* (2008) y el voluminoso testamento político de Santayana, *Dominaciones y potestades* (2010). Algo más tarde, en 2018, publicó *La tradición gentil en la filosofía americana*, que fue seguido de *El carácter y la opinión en Estados Unidos* (2020), poniendo en circulación libros de Santayana que era ya imposible encontrar. Al año siguiente apareció *Ensayos filosóficos*, libro que incorpora textos inéditos y donde se muestra el armazón técnico del sistema filosófico santayaniano. Nadie negará a Santayana su fortaleza argumentativa tras leer este libro. Y ya de forma imparable, a ritmo de un libro por año, van apareciendo cada otoño en las librerías distintas novedades publicadas por KRK: en 2022 se trató del rescate de *El nacimiento de la razón y otros ensayos*. Y en 2023 el primer volumen, *La razón en el sentido común*, de un ambicioso proyecto: verter por vez primera al español la versión completa original del sistema filosófico que Santayana tituló, muy significativamente, *La vida de la razón*, en cinco libros, y que publicó entre 1905 y 1906. El objeto de esta reseña es el volumen publicado en octubre de 2024, *La razón en la sociedad*. A este han de seguir *La razón en la religión*, *La razón en el arte* y *La razón en la ciencia*. Como se ve, se trata de un proyecto editorial de gran empaque, que debiera haberse abordado hace ciento veinte años; en ese caso, quizá, el rumbo de la filosofía española hubiera sido ligeramente distinto. Porque, cuando se publicó la versión abreviada de *La vida de la razón*, en 1954 en inglés, y en



1958 en español, el contexto filosófico ya no era muy afín a Santayana. Acaso ahora tenga la acogida que merece.

Cotejando los índices de *La vida de la razón*, se puede apreciar que ningún tema, ni humano ni divino, le fue ajeno a Santayana; él aborda todas las cuestiones imaginables y desde *todas* las perspectivas, de modo que evita la parcialidad tan del gusto de la mayoría. Por ello, no es un filósofo fácil de resumir, por más que algunas de sus frases se hayan hecho célebres. Para Santayana lo complejo se ha de abordar desde la complejidad, él no evita ningún tema por conflictivo que sea, aunque suele salir incólume de cuestiones que todavía hoy levantan ampollas. Por eso es ahora un filósofo estrictamente contemporáneo nuestro, inmersos como estamos en complejidades que nos desbordan. Acaso eso explique que sea un pensador emergente.

Nacido en Madrid en 1863, se trasladó a los nueve años a Boston por motivos familiares. Allí se formó, y en la Universidad de Harvard desarrolló su vida académica hasta que, en 1912, volvió definitivamente a Europa, renunciando a ser profesor de Filosofía y eligiendo la filosofía como forma de vida. Está enterrado en Roma, ciudad que eligió como residencia durante sus últimos años, donde murió en 1952. En filosofía ocupa un lugar excéntrico porque se mantuvo fiel a la tradición humanista y moderna, nada escolástica, y muy mundana. Su brillante y fluido estilo enlaza con el de Locke y Hume, y la fuerza de sus argumentos hereda la de Spinoza y Schopenhauer. Fue contemporáneo del esplendor del positivismo y de la ciencia, aunque no sintió la necesidad, como otros, de refugiarse en lo irracional, en la metodología científica o en lo pseudocientífico a modo de autodefensa. También contemporáneo del idealismo, supo detectar en él su lado ineludible, el metodológico, y desenmascarar su lado falaz, cuando convierte la naturaleza en la experiencia humana de la naturaleza. El puritanismo moral y el liberalismo político fueron también cuestionados por él desde dentro.

En cuanto a las fuentes de las que bebió Santayana, hay que decir que fue muy crítico con la filosofía moderna —salvo con Spinoza—, y con la filosofía alemana —salvo con Schopenhauer—. Platón, Aristóteles, Demócrito, fueron sus inspiradores. Y de Lucrecio cuenta que siempre llevaba en el bolsillo una edición en latín de su *Sobre la naturaleza de las cosas*, libro del que se aprendió largos pasajes de memoria. Siendo

materialista confeso, Santayana supo, no obstante, describir los momentos espirituales como pocos lo han hecho. Para él la razón no es una instancia sobrehumana sino que enraíza en la vida y apunta a la armonía y belleza de los intereses en conflicto. La relación que él establece entre razón y vida es fluida: la razón procede de la vida, que, por tanto, no es del todo irracional; es una relación, digamos, *desde el interior*. Santayana, fiel heredero de Aristóteles —y aceptando a Charles Darwin hasta sus últimas consecuencias filosóficas—, considera que la razón no tiene un origen sobrenatural sino que enraíza en la vida, en el instinto, en lo prerracional.

Puede compararse, porque el propio título, *La vida de la razón*, invita a ello, el planteamiento de Santayana con el raciovitalismo de Ortega y Gasset, aunque para este, sin embargo, la relación razón-vida me parece que está pensada *desde el exterior*; Ortega, siendo consciente de que sin vida no hay razón y sin razón no hay vida, él simplemente las coloca una al lado de la otra, sin pensar en su conexión, sin cruzar la frontera entre razón y vida, algo que Santayana sí hizo. Para Santayana, la razón *enraíza* en el instinto y la razón es una actividad que *florece* en los momentos de equilibrio y armonía. Ortega, sin embargo, en su famoso ensayo «Ni vitalismo ni racionalismo» (1924) compara a la razón con una isla, y a lo irracional con el mar entorno; o a la razón con un estrato geológico entre dos estratos, ambos irracionales, por abajo y por arriba. Seguramente, para Ortega era difícil aceptar algo que Santayana destaca siempre: que lo divino que el ser humano entrevé *brotó* del mismo animal que el ser humano es. La razón pierde su poder, claro, ya no puede aspirar a dominar, ha de aceptar su impotencia, que es solamente cierta armonía durante cierto tiempo. Pero es esa armonía la que dota de cierto sentido a la vida.

En *La razón en la sociedad* Santayana aborda, con su característica visión caleidoscópica, cuestiones tan complejas como: la sociedad natural —amor, familia, industria, gobierno, guerra, aristocracia, democracia—; la sociedad libre —fama, amistad, patriotismo—, y la sociedad ideal, esto es, la compañía de las ideas, los símbolos y los ideales. De ahí que don Jorge dedique los siguientes volúmenes de *La vida de la razón* a la religión, el arte y la ciencia, donde incluye la ética, construyendo así un sistema filosófico sin parangón en el siglo XX. Una vez descubierto el origen de esas realidades, Santayana se pregunta qué tienen de racionales y qué de barbarie, y en qué medida contribuyen a la felicidad del individuo, evitando la uniformización,

de manera que la vida merezca la pena ser vivida. Personalmente, me ha llamado mucho la atención el capítulo inicial «Amor»; sería interesante compararlo con los famosos ensayos sobre el amor publicados por Ortega y Gasset entre 1926 y 1927, además de con la actual, y muy pujante, filosofía del amor.

Como recoge José Beltrán en su presentación:

*La razón en la sociedad* está dividida en ocho capítulos, que componen una suerte de pequeño tratado de filosofía social y política, un ensayo en el que el lector puede pasar fácilmente del acuerdo a momentos de desconcierto, de la admiración a cierta perplejidad. Santayana no busca contentar a nadie, ni engañarse a sí mismo, es honesto en sus verdades, que no pretenden el monopolio de la razón, sino abrirse a la conversación, al libre juego de las interpretaciones. [P. 35]

Beltrán cierra su texto con unas palabras que pueden servir como colofón a esta reseña; palabras que incluyen, además, una magnífica cita del propio Santayana, de la página 375 de esta edición:

Convertidos en *dramatis personae*, podemos acompañar a Santayana, si así lo decidimos, en esta «novela de la sabiduría». Sus páginas se despliegan como un laberinto que hemos de recorrer si queremos atisbar su salida. Al emprender esta aventura en busca de aquello que hace más noble a la humanidad, mientras nuestros pies caminan con tan firme determinación como propósito consciente, «el corazón humano se eleva por encima del infortunio y procura perseguir sin vacilar su ideal más íntimo cuando ya no se intenta compromiso alguno con lo que no sea moral o humano». [P. 61]